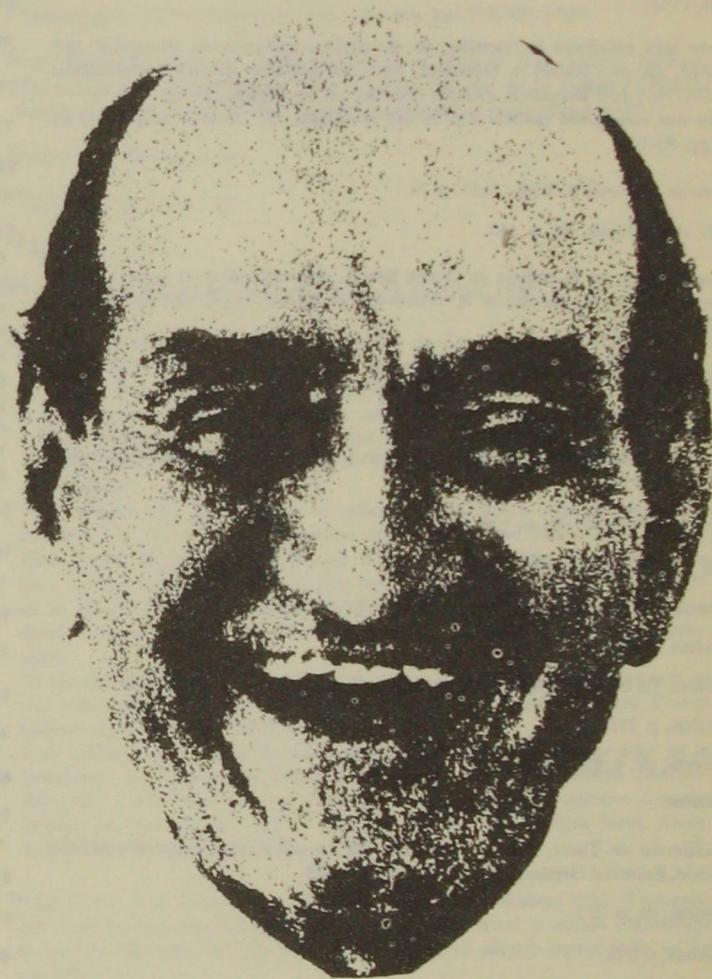


MARTINEZ ESTRADA, FILOSOFO DE LA PAMPA

por el Prof. ARIL PÉREZ



Argentina es un país con legado ensayístico; la tradición creadora centrada en la visión interpretativa del medio nacional, tiene un abolengo decimonónico que descubre en Domingo Faustino Sarmiento su más genial representante. José Ingenieros, Alejandro Korn, Anibal Ponce, gestan en los primeros decenios del siglo, una obra de insospechados ribetes para una concientización sociológica, y filosófica del continente. La urdimbre sensorial ubicada en la psique individual o colectiva, no escapa a su miraje intelectual. Las corrientes se suceden; del positivismo al negelianoismo de izquierda. Del "reformismo" histórico de cuño marxista a una visión de nacionalismo popular no exento de contacto con el materialismo histórico. Entre todos ellos, singular, jamás unívoco, figura cumbre, Ezequiel Martínez Estrada. Pero, ¿qué representa el extraordinario autor de "Radiografía de la Pampa" en el contexto literario de su patria? Su celo casi puntillista en la descripción de lo argentino y por

ende, en la cosmovisión americana, ¿puede adscribirse a una tendencia ideológica, a una escuela de límites perfectamente discernibles? Difícil, casi imposible. Sin embargo, un fino y a veces clarísimo hilo conductor, le vincula al pensamiento sarmientino, que para un ensayista chileno, representa el "romanticismo historicista en el "clima" americano". Personalmente, Martínez Estrada siempre se consideró su "fidelísimo discípulo", pero en su conciencia definido, es el continuador del ideario desarrollado por el maestro sanjuanino.

Sin embargo, hay más; aquella fascinante antinomia entre el medio natural y la acción del hombre, entre el "sentir" de la tierra y la conformación psicológica del ser que la habita, han tenido en Spengler y en Toynbee ahora, agudos intérpretes. El fatalismo telúrico, uno de los resortes principales del argentino, se liga soslayadamente a ellos, del mismo modo que la mantención a través de las generacio-

nes, de ciertos simbolismos de "imaginaria sociológica", de mitos alienantes, tienen un estricto parentesco con la escuela psicológica de Jung.

Más allá de esas influencias, que no conforman un traslado mecánico, sino apenas un trasiego formal de los teorizantes europeos, ¿qué lucidez mental para desbrozar el sentir del hombre americano, y todo al galope de una prosa que en su acerado estilismo, no tiene parangón en la literatura de habla hispana contemporánea!

Martinez Estrada se sumerge en el totalismo pampero con intuición sociológica y con altura lírica, fórmula que al fin de cuentas viene a ser la predominante en la América Bárbara, por esa falta de cohesión en sus componentes sociales y por la imponente disgregativa de sus elementos naturales. Inevitablemente, el auténtico americano se rinde a una interpretación lírica del continente, en una fórmula mágica que no es simple sublimación, sino empuje místico, sollamado en la invertibración de sus diversos estratos. Los pseudo científicos se estrellan frente a la masa volcánica en ebullición, y sus principios mecanicistas resuellan como gemidos mal asimilados en estas "sociedades geológicas" donde los seres viven y sienten en distintas épocas, en un fantasmagórico eco de voces extrañas y distantes.

Martinez Estrada, el hijo de un humilde cochero en San José de la Esquina, y él mismo, oscuro empleado de Correos por espacio de treinta años en un resquicio de la provincia argentina, entendió desde su rincón, la relación de hombre y naturaleza y la superposición antojadiza que sobre esa ecuación se ha hecho, de valores no concordantes con nuestra realidad y que han tornado artificioso el devenir histórico de Argentina y América... "La cultura y el progreso, entre nosotros, son falsas formas que no concuerdan ni con el paisaje ni con su orientación nacional; son pseudoestructuras... son sustitutos de realidades: son puentes que unen dos extremos. El puente es un saldo, una forma de superar del modo más simple posible una dificultad sin destruirla. Por debajo de los puentes siguen circulando los ríos, y por debajo de las construcciones ficticias prosigue su marcha la realidad. Contra el trabajo pirotécnico de la imaginación, se desenvolvía el trabajo hidráulico de la realidad, que comenzó a vencer los puentes, los diques y los artilugios de la ilusión. Conforme esa obra, y esa vida inmensas van cayendo en el olvido, vuelve a nosotros la realidad profunda".

Juan José Sebreli, el discutido ensayista bonaerense que utiliza en sus escritos un llano bisturi marxista, niega a Martinez Estrada, a quien acusa de estar sujeto a una irracionalidad interpretativa sospechosamente mancomunada a los ideólogos retardatarios del país trasandino. En su "Martinez Estrada: una rebelión inútil", expresa que todo fatalismo telúrico tiende a asociarse con la realidad presente y a justificar las formas opresivas de tipo económico como serían el latifundio y la dependencia indefinida del campesino. No obstante, olvida que el maestro, paradójicamente su propio guía en infinidad de tópicos, no es más que un

notable narrador literario de una situación ya hecha, a quien no interesa buscar la causalidad primigenia de las estructuras sociales o económicas. Si plantea que "el latifundio es una fatídica razón geográfica y étnica", no reduce sus ideales a esa progresión natural, pues deja implícita la relación de ese fenómeno con las fuerzas de poder que lo llevan a cabo; Martinez Estrada es más poeta que ideólogo, un componedor de utopías más que un constructor de sistemas.

Su imaginación lo llevó a enunciar el "eterno retorno" en la historia argentina, concepción vinculada a la filosofía griega o al tremendismo nietzscheano; ¿Rosas, Irigoyen y Perón una misma cosa? Nunca en el contexto histórico, si en el perfil carismático. Energía de carácter, cinismo e histrionismo, ignorancia inspirada, caciquismo y astucia, intriga y resentimiento, locuacidad e inspiración; he ahí los puntos de contacto entre los hombres que representan instantes claves en el devenir argentino.

Martinez Estrada abre cauce a la inspiración, que se vacía como un pretexto en la historia, no para interpretarla, si para conjugar una angustia estática que aún permanece adherida a la adustez de la pampa. Para Sebreli eso es negar el progreso y ratifica agresivamente... "pero la objetividad del progreso es cruel y a su vez lo niega a Martinez Estrada".

Es cierto que ninguna sociedad permanece en el punto de partida, y que la creación de nuevas formas de convivencia es como una abjuración del pasado, pero la negación no presupone la tabla rasa, sino que la proyección de él, pues allí se resume la esencia de una nación y su limpidez futura. El autor de "Muerte y transformación de Martín Fierro" el único progreso que niega y es el positivista, el de aparente ascenso lineal, el de la robustez exterior que lleva en su médula un cáncer indestructible que llamamos miseria. Martinez Estrada cataliza lo que ha sido y es su patria a través de un prisma agnóstico; diríase que aquellos treinta años transcurridos en la oficina de correos provinciana, le agudizaron su sensibilidad, pero le destruyeron el vitalismo subjetivo de la esperanza. Y en ello es implacable; no hay concesiones en su diagnóstico depresivo, la abulia histórica de nuestros pueblos le trepana la posibilidad del optimismo... "Vivimos en la víspera de grandes acontecimientos en el umbral del mañana; y ese mañana es el azar, el tumulto de un sueño tras una jornada de desierto. El azar del mañana que se evidencia en el amor al juego y en el uso predominante de la intuición sobre el raciocinio, hace carnal toda relación. Cualquier conjunto es un compuesto de dígitos no una cifra global. Vive cada cual su destino o lo traiciona individualmente, porque sólo cuenta con el prójimo en lo que este prójimo tiene "un sí mismo" igualmente autónomo. El medio en que vivimos es un poderoso azar que ha tomado la consistencia de una segura realidad, hasta que el padre y el hijo, hablando confidencialmente advierten que no se entienden, que pertenecen a mundos distintos, y que en

medio de dos sangres iguales, hay un océano de seis millas de ancho”.

Azar que algún día tiene que ser roto para imponer la libertad verdadera, no definida en ecuación alguna, pero auscultada en el borbollón de su partida. Alguien deberá imponerla, sin arabescos postizos, y como acota el maestro, “si ha de venir, llegará desde el fondo de los campos, bárbara y ciega, como la vez anterior, para barrer con la esclavitud, la servidumbre intelectual y la mentira opulenta de las ciudades vendidas”.

El rencor a la gran ciudad en Martínez Estrada, pareciera reflejar un hábito rousseauniano de paz eglógica, con rebelión contenida en su andamiaje. De ahí vendrá, como en perfecta metáfora de pureza la salvación que reclama un país succionado por una metrópoli absorbente y corrupta, creadora de una imprenta falsa y exportada por definición.

Los juristas impusieron desde los centros administrativos, un estado ficticio que cumple la función de la antiparra por rencor visceral a lo que realmente somos. Visión que soterradamente liga una comprensión continental, en la similitud de la farsa... “Guerras, revoluciones, epidemias, terremotos, apenas llaman nuestra atención. No nos conocemos, pero nos comprendemos. Producimos las mismas materias primas que los demás, cumplimos la misma función de fincas suburbanas de Europa, todos estamos defendiendo al amo, sus posesiones y embriagándonos con los licores clandestinos que nos manda: oro, revistas, películas, armas... En tanto, lo interior, que es lo que no queremos ser, prosigue su vida torácica, pausada, imperceptible”.

Es la búsqueda de lo propio una obsesión en la temática de Martínez Estrada, y su conclusión, si alguna se puede deducir de ese inmenso abigarrado y multiforme mosaico descriptivo que es su obra, reside que en definitiva llegará el día en que la autenticidad campeará en el continente, en la forma bárbara connatural a nuestra psique, antipoda del estado de hipocrecia general en que vivimos.

América aún no experimenta un estado de historicidad plena, y aún más, jamás lo ha vivido; la pluma del estilista se estremece con una entonación desgarrada al denunciar que todo el transcurrir hispanoamericano ha sido apócrifo, hasta el nacimiento de estas regiones como estados independientes. Todos esos episodios que hoy ensalzamos en

la forma premeditada del patriotismo, no son nuestros, pues ellos constituyen una prolongación de la historia de España; ...“a nosotros nos pertenece lo biográfico y lo pasional. Sudamérica es todavía un episodio subsidiario de Europa, pero tiene un alma americana, cerrada, muda, solitaria. Su historia de fuste mundial se limita a unas cuantas páginas de estadística, y no ha pensado aún cómo sepultar a los muertos en la tierra de nadie, que luchan constantemente contra lo extranjero y quieren otra vez quedarse solos con su nada”.

Estas líneas, escritas en 1933, resumían aquella desesperanza que constriñe sin enaltecer, pero que proyectan en las inteligencias superiores, un dolor cósmico ante la estrechez creadora del mundo americano. Los héroes son escorzos del provincianismo, la mantención de su culto parece asegurar la supervivencia de la región erigida en estado... “Nacidos de una disolución, perduran como duoses términos, defendiendo su medio. Sucre, O’Higgins, Artigas, Alvear, no significan nada fuera de sus patrias”. Y más adelante agrega... “sobre esta porción de América un gran silencio se extiende y el tiempo que transcurre la envuelve en mayores penumbras. Hoy se conocen, estiman y auxilian menos que hace diez años y significan una masa amorfa de hombres y datos, de ideas debidas al atlas, a los textos, a las suscintas informaciones periodísticas, sólo abundantes en los desastres”.

Pero él alcanzó a ver, oír, y sentir el comienzo de la historicidad que reclamara desesperado un día. Los nuevos caudillos, con ese sarcasmo de vitalidad enmarañada en la selva, que hace a uno de ellos ser el héroe epónimo de las juventudes del mundo, llegan a Martínez Estrada como el retumbar de la “autenticidad bárbara” que conduce a la libertad definitiva. Desea desplegar su oído sobre la tierra caribeña, y auscultar ese redoble que semeja al presagio de su maravillosa intuición lírica.

Y ahí mismo, en la controvertida Cuba hispana y americana a la vez, Martínez Estrada vivió por largos años, buscando el principio de aquella cifra milenaria sumergida e ignorada en el instante preciso de la fusión de las dos razas.

El filósofo de la Pampa y de América, fue hasta en sus últimos actos, fiel al ideario de toda una vida.